



Presentación

Al viajero observador que visite Grecia hoy, puede llamarle la atención y resultarle divertido ver el rótulo *Metaphores* en camiones de transportes y mudanzas. Si no lo había hecho antes, se percatará entonces de que nuestra *metáfora* esconde un fondo asimismo metafórico. De modo análogo a como esos camiones transportan muebles y enseres de un sitio a otro, la palabra *metáfora*, a partir de un primer desplazamiento del lenguaje corriente al culto, alude a que propiedades, significados y sentidos se mueven de lugar. Los filósofos han sido aficionados a estas mudanzas figuradas que sientan vínculos entre ámbitos en principio diferentes. Han utilizado metáforas, en ocasiones con profusión, no solo para aligerar un discurso por lo común denso, sino también para cimentar relaciones entre cosas de naturaleza heterogénea y abrir así nuevas posibilidades de ahondar en su sentido.

Proponemos un repaso de algunas metáforas a las que se ha recurrido de una u otra forma en la historia de la filosofía. El criterio de selección que determina por qué considerar unas en perjuicio de otras es sencillo de enunciar: las que están en el índice son todas relevantes, pero no agotan el catálogo de las que podrían haber comparecido. Cumplido el requisito mínimo de tener el peso suficiente como para quedar incluidas, el segundo filtro lo han conformado los intereses y las preferencias de los autores que, ajenos a la presión que a veces ejercen los requerimientos académicos, tienden a escribir únicamente sobre cuestiones que les complazcan. Antes que intentar agotar una lista de metáforas presuntamente completa, nos hemos inclinado por estudiar con cierto detenimiento solo algunas, dejando abierta la posibilidad de extender el elenco en el futuro.





Este libro¹ conforma lo que por ahora es una trilogía redactada a cuatro manos en sendos iPads, una colaboración que confiamos continúe con más títulos; se inauguró con una particular historia de la filosofía para la vida cotidiana, avanzó con un análisis de un fenómeno también cotidiano como la publicidad y da su tercer paso con estos estudios sobre metáforas, distribuidos en capítulos independientes a los que precede uno sobre el origen y la evolución de las relaciones de la filosofía con la metáfora, a modo de introducción general. Con las diferencias que separan unos trabajos de otros, los tres comparten una misma voluntad de estilo. De ser cierta la anécdota que se cuenta de Eugenio d'Ors, según la cual el ensayista se esforzaba por oscurecer los textos si su secretaria los consideraba perfectamente comprensibles cuando llegaban a sus manos para que los mecanografiase, bien se puede decir que nuestra aspiración es la opuesta: clarificar el estilo sin abjurar del rigor, un empeño que habremos realizado de buen grado si el lector avanza por el texto con atención, interés y gusto.

Queremos agradecer su tiempo y paciencia a Elisa, Marcos, Pilar, Carmen y Javier, que han leído algunos capítulos a medida que su redacción se iba rematando y nos han alentado a continuar con comentarios pertinentes y benévolos.

Salamanca — Valladolid
Verano de 2016

© _____
1. El título, *La isla de la verdad*, le resultará familiar al lector de Kant. Entre las metáforas de las que este autor se sirve, esta es una de las más reputadas. No aparece en el índice, pues la hemos incluido en el marco que le da sentido: la metáfora del mar, a la que dedicamos el primer capítulo.





Introducción: las metáforas en filosofía

Los días del año tienen idéntica duración aun con las variaciones de horas de luz; la vida de las personas, en cambio, unas veces se dilata mucho en el tiempo y otras se extingue poco después del nacimiento. Los días no están aislados unos de otros, pertenecen a un ciclo continuo dependiente de los movimientos regulares del planeta; por su parte, los seres humanos nacen, viven con características dispares, con una conciencia individual que los diferencia entre sí y el mundo termina para ellos con la muerte.

A pesar de estas semejanzas y de otras igualmente obvias que sería posible aducir, una comparación entre el ocaso de un día y el final de la vida es plausible. De igual manera que la tarde avisa de que la luz decae y deja paso a la oscuridad, la vejez anuncia el fin de la existencia. Lo que el ocaso es al día, es la vejez a la vida, y sobre esta analogía cabe avanzar hasta decir que la primera es el «ocaso» de la segunda: una metáfora, una traslación de significado en la que se aplica a una cosa un nombre o una cualidad propios de otra.

Aristóteles nos legó el primer análisis sistemático de la metáfora como un tipo de semejanza, concretamente como una particular forma de analogía. Particular porque no es mera comparación, como cuando se dice que Aquiles salta como un león. Aquí se establece una relación entre la fuerza y la agilidad del guerrero y las del felino, pero no estamos ante una metáfora. Para que esta comparezca, ha de haber primero una analogía con cuatro integrantes. Si A es a B (la siembra al grano) de modo análogo en algún sentido a como C es a D (el sol a los rayos que esparce), puede intervenir el genio poético, sentar una relación entre A y D y, aplicando un verbo a un objeto que en principio no le corresponde, decir del





sol que «siembra la tierra con sus rayos»². Del buen poeta no se espera que escriba siempre: «el sol esparce sus rayos como el campesino los granos en la siembra»; es aconsejable que la expresión quede contraída en el sentido aludido. Al abreviar, la metáfora resulta más elegante que la comparación, donde se precisa la enumeración detallada y a veces fatigosa de todos los términos.

Las obras de Aristóteles que recogen estos análisis, la *Poética* y la *Retórica*, marcan los territorios de la metáfora para los siglos siguientes. El arte de la composición de poemas y el de la persuasión, la poesía y la elocuencia, son ámbitos diferentes (la primera quiere emocionar; la segunda, argumentar) y la metáfora estará con un pie en cada una, siempre como una figura a la que el escritor y el orador pueden recurrir para dotar de elegancia y refinamiento a sus composiciones³.

La vinculación con estas disciplinas ocasionó que a lo largo de extensos períodos la relación de la filosofía con las metáforas no fuese fluida; principalmente porque la que esta tenía con la poesía y con la retórica tampoco lo era. Los poetas no encontraban espacio en la forma ideal del estado que Platón pergeñó y, en lo tocante a la retórica, este mostraba una acusada desconfianza pensando que esta rama de los estudios se concentraba en el bien decir y en la bella formulación con intención de convencer, pero desatendía el imperativo de alcanzar la verdad. Era peligrosa porque apreciaba más lo verosímil que lo verdadero y anteponía lo aparente a lo real⁴.

2. Los ejemplos están tomados de los lugares clásicos donde Aristóteles trata la metáfora. Véase *Poética*, 1457b, traducción de Antonio López Eire, Istmo, Madrid, 2002, p. 85s. Véase también *Retórica*, 1405, traducción de Antonio Tovar, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1990, p. 182s. Sobre la analogía como la base en la que se apoyan las metáforas «especialmente estimadas», *ibid.*, 1411a, p. 200.

3. Véase Paul Ricoeur: *La metáfora viva*, traducción de Agustín Neira, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1980. Ante todo el primer estudio: «Entre retórica y poética: Aristóteles», p. 17 y ss.

4. Véase, por ejemplo, *Gorgias*, 449a y ss., traducción de J. Calonge Ruiz, Gredos, Madrid, 1987, p. 27 y ss.





Aunque Platón denuncia la ambigüedad y el escaso respeto a la verdad en los que cae el uso inmoderado de las metáforas, no escapó de las críticas que le hiciera su discípulo más destacado. Polemizando con el núcleo de la filosofía platónica (la teoría de que las cosas participan de las ideas), Aristóteles reprocha a su maestro carecer del rigor filosófico exigible y decantarse por «palabras vacías y metáforas poéticas»⁵. El de Estagira inaugura así una tradición crítica que se extenderá durante más de dos milenios. Por ejemplo, mucho después, Hobbes verá necesario evitar lo que denomina nombres de «significado inconstante», entre los que están las metáforas, a las que atribuye cualidades que las incapacitan para «procurar terreno firme para ningún razonamiento»⁶. Si aspira a mantenerse libre del error y de conclusiones absurdas, la filosofía debe mostrarse precavida y no emplear «metáforas, tropos y otras figuras retóricas, en lugar de las palabras apropiadas. Pues aunque en el lenguaje común es permisible decir, por ejemplo *el camino va o lleva aquí o allá*, o *el proverbio dice esto o aquello* —si bien los caminos no pueden ir, ni los proverbios hablar—, cuando razonamos y buscamos la verdad, ese tipo de lenguaje no debe admitirse»⁷.

Las palabras de Hobbes son representativas de una línea de pensamiento que ha ejercido vigorosa influencia en momentos diferentes de la historia de la filosofía. Con arreglo a esta forma de pensar, si se aspira a hablar de las cosas tal como son —y qué menos exigencia cabría hacer a la filosofía—, recursos retóricos como las metáforas alejan del objetivo, puesto que regalan el oído del lector, pero inducen ideas equivocadas y pierden de vista el orden y la claridad del concepto.

5. Aristóteles: *Metafísica*, 991a 22, traducción de Valentín García Yebra, Gredos, Madrid, 1987, p. 69.

6. Thomas Hobbes: *Leviatán*, IV, traducción de Carlos Mellizo, Gredos, Madrid, 2002, p. 34.

7. *Ibid.*, V, p. 39.





El destino de la metáfora quedó restringido a desempeñar un papel subordinado a la expresión conceptual supuestamente pura, una función ancilar, siempre bajo sospecha, propia de una herramienta estilística que como mucho adorna y embellece. Aparecería donde la expresión toma forma literaria, una vez que el pensamiento está perfectamente constituido y el filósofo se permite la licencia de aportar un sentido figurado que bien podría haber expresado en su literalidad. El espacio lógico de la reflexión estaría fijado y la metáfora únicamente sustituiría de modo estilizado y estéticamente logrado algunas piezas del discurso conceptual. La verdad sería anterior y externa a lo lingüístico, el lenguaje no afectaría al curso del pensamiento y, en consecuencia, la metáfora serviría para engalanar lo meditado o para mitigar la aridez que eventualmente esto pudiera tener.

Así entendida, con frecuencia ha aparecido como mera sustituta de las expresiones literales equivalentes. De hecho, los diccionarios aluden para definirla a la sustitución de una palabra por otra apoyándose en una analogía, como cuando «vejez» desaparece para permitir que salga a escena «el ocaso de la vida». El pensamiento subyacente podría haberse comunicado de modo directo y el significado traslaticio solo decoraría y aportaría cierta belleza para disfrute del lector. La información transmitida por la metáfora sería nula y el contenido propio que aporta, inexistente. Para comprobar este hecho, bastaría con eliminarla y recuperar lo literal, desvelando que su valor era ornamental, decorativo, accesorio. Con respecto al conocimiento, se mostraría inoperante y estéril. Concediéndole como único mérito ser un adorno, perdería fuerza en el discurso teórico, puesto que el propósito tradicional de los filósofos no ha sido entretener o llamar la atención del lector con recursos estilísticos, sino alcanzar la verdad.

Si bien esta tendencia a menospreciar la metáfora y a reducirla a un accesorio cosmético comienza con Aristóteles, este también dejó indicaciones que con el tiempo abrirían una estimación muy diferente. En

